

LA CREACION DEL “PREMIO CERVANTES”

UNA de las hondas preocupaciones del Estado español es la de incrementar, impulsar, ayudar todas las actividades intelectuales. Entre éstas destacan, como es lógico, las literarias. El escritor ha merecido, así, una atención que hasta ahora no tenía, y ello se ha demostrado mediante la creación de grandes premios literarios, que sobrepasan, en lo económico, cuanto se hallaba establecido y venía rigiendo en este tipo de galardones, concedidos por corporaciones, fundaciones y entidades particulares.

Existían hasta ahora—instituídos por el Estado—los dos grandes, preciados y codiciados premios que llevan los nombres de Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera. Se discierne el primero a los ensayistas. Los mejores trabajos en el género ensayístico son seleccionados, y aquel autor que reúna el más notable conjunto, o la obra más digna de destacarse, obtiene la recompensa. El «Premio José Antonio Primo de Rivera» está dedicado a la Poesía. El florecimiento y constante desarrollo poético que se viene registrando en nuestra Patria, de acuerdo con una de sus tradiciones más sobresalientes, la de dar extraordinarios poetas,

se estimula con el citado galardón. Pero faltaba, no cabe duda, otro premio, éste para la Novela. Se ha hablado mucho de la novela en España. Se ha hablado tanto de crisis como de resurgimiento; mas es lo cierto que quienes se dedican al cultivo de lo novelesco, de tan suprema labor creadora, necesitaban un aliento, y ya no era suficiente el que proporcionan los reconocimientos y compensación de muy estimados galardones, pero que no reúnen la cuantía adecuada para ofrecer a quienes los ganan un desahogo, por un tiempo determinado, que les permita continuar su labor y perfeccionarla de espaldas a las duras exigencias vitales del instante.

Por eso la creación del Premio Cervantes es un indudable acierto. Tanto las recompensas Francisco Franco, José Antonio Primo de Rivera como ahora Cervantes, están dotadas de 25.000 pesetas en metálico, más el crédito y el prestigio que supone obtenerlas, y que abre ancho campo al renombre del autor favorecido con ellas.

La Real Academia Española tiene galardones para distintas facetas de la labor literaria; pero éstas han de atenerse al numerario de las fundaciones a que se deben, y como datan de tiempo, su provisión económica no alcanza a las presentes necesidades de la existencia para constituir un apoyo eficaz en cuanto al orden crematístico. Dan honor, desde luego; acreditan a un autor, lo lanzan, si éste es desconocido o poco conocido; mas no son, hoy, en el exacto sentido de la palabra, remuneradoras.

En la actualidad, aunque no con tanta prodigalidad como en la poesía, existe un buen grupo de novelistas españoles jóvenes, con esa juventud en la que ya se inicia una fecunda madurez, que merecía la atención, el cuidado que ahora se les otorga con la creación del Premio Cervantes.

La novela es un género difícil, que requiere un tenaz cultivo, muchas horas dedicado el escritor a planear la acción a inventar, o traspasar de la realidad a la ficción los incidentes y avatares de los personajes, y muchas, igualmente, consagradas al estudio y la observación de los caracteres de éstos. Creando los estímulos, ya

es sabido que se crea la vocación, la afición, y que ésta pasa de los cultivadores, de los propios profesionales, al público, por medio de una comunicación misteriosa, pero auténtica, es decir, real.

La idea de crear un Premio Cervantes y haber llevado a cabo su creación, no puede ser más feliz, más afortunada. Bajo la advocación del glorioso manco, el primero de los novelistas universales de todos los tiempos, irán apareciendo, destacándose, los valores nuevos que merezcan la pena, que se revelen con talento y dotes impares de creadores de novelas.

El editor, indiferente hacia un autor, hacia una determinada obra, no lo será si obtienen un día el galardón preciado. Al contrario, el novelista se verá solicitado por quienes antes le habían rechazado o discutido.

En la época en que vivimos, los premios literarios han alcanzado verdadero auge y se ha restablecido la justa estimación hacia ellos, perdida en anteriores etapas. Y nada tan cierto como que esto se ha logrado con las recompensas nacionales, cuya cuantía las ha hecho codiciables, así como la seria propaganda que llevan consigo y la divulgación que implican de un escritor y su obra.

Faltaba, pues, la preocupación por el novelista español; se echaba de menos, ya que se advertía la existente por los cultivadores de otros géneros de literatura. Pero ya el cuadro, a nuestro juicio, está completo en cuanto a la atención de las grandes ramas de la creación literaria.

Y esto, no cabe duda, hará que la novela en nuestro país acelere su marcha, se active su producción y, en el orden de las emulaciones, se obtengan obras cada vez más perfectas.